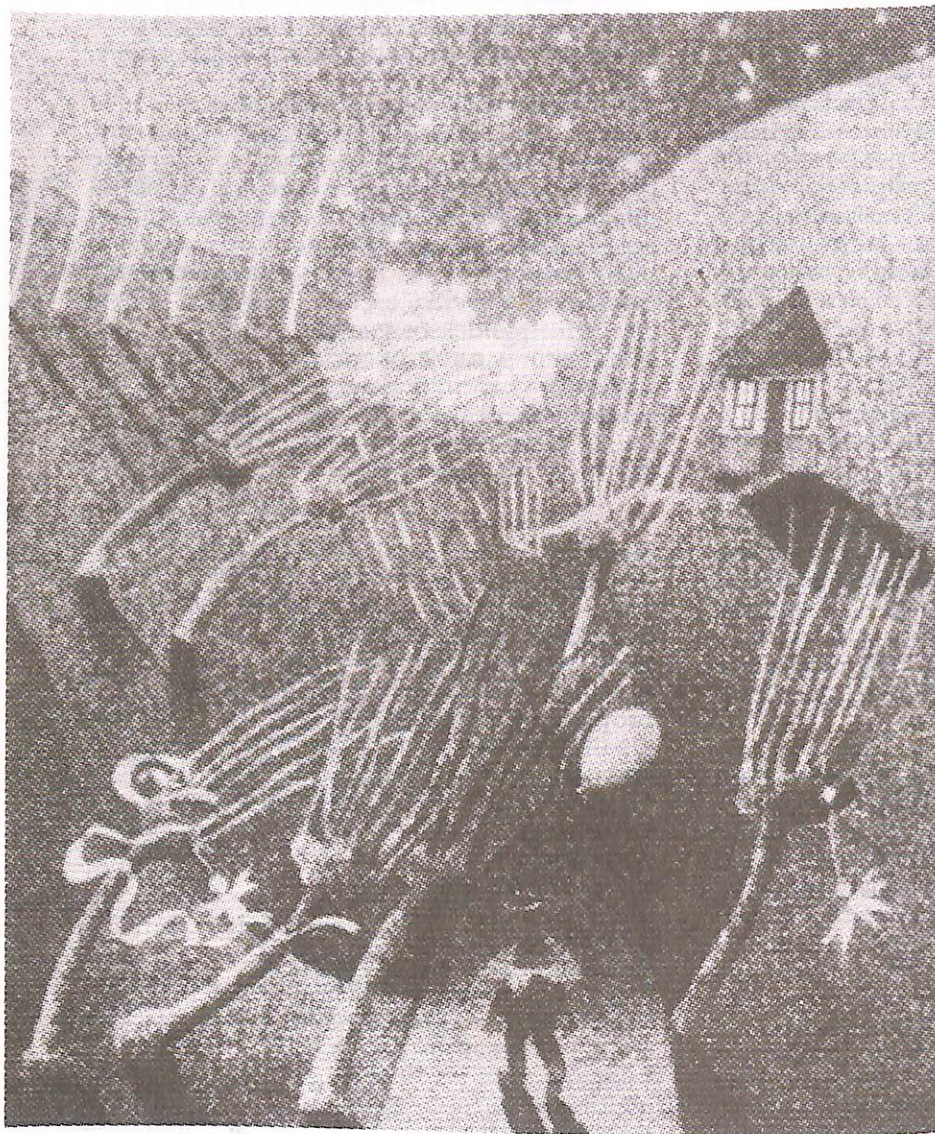


48#



TOPICOS DEL HUMANISMO

Julio de 1999

Nº 48

Los domingos, desde la página 15 del diario La Nación y, a veces, desde el mismo suplemento cultural *Ancora*, las caricaturas del artista plástico Ricardo Kandler Sancho desafían al lector. *El Mundo de Kandler*, con más de una década de publicarse, conforma un espacio distinto, en cuanto a humor gráfico se refiere y, como afirma Aurelia Dobles Trejos, le otorga al diario una identidad singular. La Nación sin Kandler... Mmm... una muy otra (1997).

Frente a la caricatura social y política, de corte realista, que predomina en el país, Kandler ofrece su dibujo surrealista, su mundo imaginativo y onírico, su mundo: *El Mundo de Kandler*. Como afirma el crítico de arte, Juan Bernal Ponce:

Son imágenes compuestas por signos emblemáticos: ángeles, papalotes, sirenas, globos terráqueos. Las combina de tal modo que su conjunción produce situaciones que llevan a elucubrar innumerables soluciones e interpretaciones. Ninguna es cierta, todas son posibles (1997: 8/ Viva).

Como un movimiento de ideas, que se extendió a otros campos del pensamiento y de la actividad humana, el surrealismo influyó en la literatura, las artes y el gusto a partir de la primera mitad del siglo XX, al menos en Europa occidental y en América, y penetró en sectores amplios de la cultura de masas.

No obstante, como último de los movimientos de vanguardia², como movimiento intelectual y actitud humana, como movimiento de rebelión total, como oposición a todo lo que encadena al ser humano, como una modificación de la sensibilidad de la época, el surrealismo es una constante del espíritu humano que continúa vigente. Por ello, a fines del siglo XX, los dibujos de Kandler se inscriben en elementos propios del surrealismo, en tanto movimiento basado en la exaltación de la imaginación y el culto a lo extraño.

Sí, mi mundo es onírico, pero tiene su lógica propia. Por eso yo no lo explico... Me parece tan claro... Incluso la gente ya no me pregunta (Dobles Trejos 1997: 2).

Usando la pluma en blanco y negro, la línea segmentada, los sombreados intensos, Ricardo Kandler indaga algunas experiencias psicológicas, como el sueño, las visiones, la *surrealidad irracional*, lo oscuro y comúnmente condenado: el deseo y el placer. Su producción está íntimamente ligada a ese *automatismo psíquico puro* del que habló André Bretón, el mayor teórico del movimiento:

El surrealismo es un automatismo psíquico puro mediante el cual se nos propone expresar, sea verbalmente o por escrito, el funcionamiento del pensamiento. Dictado por el pensamiento fuera de todo control ejercido por la razón, al margen de toda preocupación estética o moral... el surrealismo se funda en la creencia en la realidad superior de ciertas formas de asociación hasta ahora despreciadas, en la omnipotencia del sueño, en el juego desinteresado del pensamiento (Fortini 1962: 5).

Dejando fluir libremente sus ideas, los dibujos de Kandler van surgiendo espontáneamente: *Pienso con las liniecillas*, afirma. De tal manera, sus caricaturas parecieran responder al método espontáneo de escritura promovido por el surrealismo, a esa propuesta de un pensamiento lo menos dirigido y lo más liberado de la razón, la moral y aún el gusto artístico posibles; que permita dejar salir libremente las intuiciones, las ocurrencias, las mejores imágenes transformadas en verdaderos aciertos. Así, se convierten en un canto a la libertad humana, en un grito del espíritu que *vuelve a retorcerse sobre sí mismo y está decidido a romper desesperadamente todo lo que le estorba* —como afirman los surrealistas en una Declaración colectiva, en 1925—, en una expresión libre de las ataduras sociales, como lo soñó Bretón; en una realidad mágica construida a partir de la individualidad, del sueño y del inconsciente.

Como la estrella de la mañana proclamada por Bretón en su *Arcano 17*, cuya luz proviene de tres elementos: la libertad, el amor y la poesía, las caricaturas de Kandler son producidas por la imaginación, por un deconstruir la realidad para libremente organizarla de nuevo, para señalar que la realidad impuesta por occidente no es la única, ni tampoco la verdadera. Como poesías, muestran lo oculto, desnudan lo aparente y exponen no lo racional, lo útil, lo prosaico, sino el yo y su subjetividad: la ilusión, las sensaciones, los deseos y pensamientos reprimidos. Su propósito, al igual que las pinturas y poesías surrealistas, es subversivo: ante un mundo absurdo, una creación también absurda. Tal es su humor, un humor que conduce a reírse del mundo y de lo establecido como único y verdadero.

Al subvertir la razón, el eurocentrismo, la historia, la moral —la disyunción cristiana bien/mal— y el concepto de utilidad, esto es, los cánones de la civilización occidental, pareciera que Kandler no sólo aspira a quebrantar/transformar la realidad, sino que asume la condición de promotor del escándalo, tan propia del período de oro del movimiento surrealista.

EL MUNDO ONIRICO DE RICARDO KANDLER

Ana C. Sánchez Molina

Desde las páginas de *Opinión* y desde el suplemento cultural del diario La Nación, irónicamente, sus caricaturas sabotean el sistema, lo transgreden, al privilegiar el sueño, el deseo, lo preconscious, lo reprimido, la *surrealidad irracional*, lo subjetivo. Encargadas de provocar alborotos e incidentes en la mente de sus lectores, se convierten en verdaderas formas revolucionarias, en violentos escándalos culturales, en una reconquista de los poderes infantiles —en palabras de

Octavio Paz—, en una apología de la imaginación y el deseo, capaz de producir ese objeto surrealista, ese objeto subjetivo, ese dibujo moldeado por la propia visión que lo produce, para entregárselo al otro: *Ellos son para el que los ve, no para el que los hizo*, afirma (Dobles Trejos 1997: 1).

El hombre es un ser que imagina y su razón misma no es sino

una de las formas de ese continuo imaginar. En su esencia, imaginar es ir más allá de sí mismo, proyectarse, continuo trascenderse. Ser que imagina porque desea, el hombre es el ser capaz de transformar el universo entero en imagen de su deseo. Y por esto es un ser amoroso, sediento de una presencia que es la viva imagen, la encarnación de un sueño. Movido por el deseo, aspira a fundirse con esa imagen y, a su vez, convertirse en imagen (Paz 1974: 8).

La asociación aparentemente gratuita de objetos, que estimulan rupturas en la visión tradicional de la realidad, que provocan reajustes en ella, busca alcanzar lo insólito, a veces, mediante el manejo intencional del simbolismo propio de cada uno: la hoja y el clip (16-03-97), la mariposa y la luna (30-03-97), la araña y el papalote (22-06-97), el cancel y la rayuela (06-07-97), la luna y el tren (13-07-97), el pájaro y el ancla (27-07-97), el pájaro y la flecha y chorrindígena (10-08-97), el ojo y la prensa de ropa (24-08-97), etc. La relación arbitraria de elementos de naturaleza orgánica con productos culturales, con materias inorgánicas y transitorias; así como la asociación de objetos en los que se explotan sus significados, como el marillo en la copa (29-06-97); las dos tazas entrelazadas por sus asas (20-07-97), o el rostro cuya boca es insinuada por un enorme serrucho manipulado por dos hombres anónimos (17-08-97); centran su interés —una y especialmente— en la alquimia de la imagen visual, en la fuerza de la imagen, en su ambigüedad. Por ello, pareciera existir una intencionalidad de aislar el mensaje en su misma incongruencia.

Los bocetos de seres humanos, hombres en su mayoría, aluden a esos seres anónimos de la sociedad occidental, necesitados de elementos de equilibrio. No obstante, los iconos utilizados por Kandler son propiciadores de inestabilidad: las muletas, punto de sostén de la cuerda floja, por la que camina el equilibrista (31-03-97); el hombre juguete, cuyas piernas lo convierten en un maromero (03-08-97); o el globo terráqueo, alrededor del cual se extiende una línea férrea por la que un hombre inicia su caminata (02-03-97).

Atadas al surrealismo, sus caricaturas también establecen vínculos con el arte visionario del Bosco, con la estética ligada al arte popular de los años sesenta: con la música pop de los Beatles, sobre todo con su famoso álbum *Yellow Submarine* (1967) y con la estética de finales de los setenta: la cinta cinematográfica *The Wall*, de Allan Parker y Pink Floyd (1980). Porque la labor cultural de los Beatles está enlazada con el surrealismo. Su crítica a la diosa Razón, la necesidad de ampliar el concepto de realidad restringido por los parámetros cartesianos del tiempo y el espacio, la denuncia de la soledad del ser humano de la sociedad industrializada, parecieran ser también temáticas abordadas por la obra de Kandler. Asimismo, la crítica al sistema educativo tradicional puesto de manifiesto en distintas canciones es retomado posteriormente por otros artistas y sobre todo, por la película de Parker y Floyd.

Como los surrealistas que buscaban la emancipación del espíritu humano, Kandler busca borrar las fronteras entre lo real y lo imaginario, lo lógico y lo absurdo, lo orgánico y lo inorgánico, lo comunicable y lo incommunicable, el pasado y el futuro. Aún en sus dibujos más recientes³, en los que asume problemáticas más cotidianas y pragmáticas, y en los que incorpora elementos orientadores que hacen más accesible el mensaje al lector —siempre configurado como un intelectual—, el surrealismo simbólico de Kandler se burla de los límites establecidos, los satiriza. Utilizando una práctica que los surrealistas tomaron del cubismo y posteriormente del dadaísmo: la inserción de texto

lingüístico en sus obras, sus caricaturas combinan lo icónico con aseveraciones escritas en letra manuscrita que no sólo le permite connotar lo familiar y la ingenuidad infantil, sino asociar elementos que provocan una crítica más directa a través del humor y del absurdo.

Así, el rótulo *Ahorre electricidad* se asocia con la irónica acción de unos hombreritos que, con sus paraguas, tratan de recuperar la energía producida por los rayos de una tormenta eléctrica (02-08-98), *Los pobres pagarán menos por la luz*, porque en las noches estrelladas, una fogata les ayudará a vencer la oscuridad (23-08-98), y un mendigo le pedirá al mismito demonio *una limosnita por amor a Dios* (14-06-98). Algunas otras incorporan textos más especializados y de menor divulgación popular: el cerdo que lee, flotando en el espacio, la novela del escritor checoslovaco Milán Kundera: *la insoportable levedad del cer* (29-03-98); el burro que se alimenta con *Pienso* y así puede concluir cartesianamente con el filósofo René Descartes: *... luego existo* (26-07-98), o el canto a la vida y al amor de la cantora chilena Violeta Parra: *Gracias a la vida que me ha dado tanto...*, en labios de la agradecida Muerte (12-07-98).

Tal es la protesta de Ricardo Kandler y su disconformidad. Tal su búsqueda de liberación. Sólo que, aparentemente, estas posturas no se han traducido en comportamientos prácticos de orden social que lo lleven a asumir, como los surrealistas lo hicieron en su momento, la bandera de la liberación política.

Quizá ello obedezca al *autoimpuesto aislamiento artístico* —tal vez, más que artístico, personal— del que habla Eduardo Ulibarri Bilbao, director de La Nación, en el desplegable *Sueños del intelecto*, a raíz de la primera exposición del artista Ricardo Kandler. Con una muestra de cincuenta y ocho dibujos hechos en plumilla, algunos ya publicados, otros inéditos; hechos en la mitad de los '80 hasta 1997, como señala su autor, Kandler expuso parte de su producción en el Auditorio Manuel Jiménez Borbón de La Nación, en Llorente de Tibás, en abril de 1997. En el desplegable, Ulibarri Bilbao señala:

Tras una rigurosa selección del artista y de la curadora María Soledad Zúñiga, sus dibujos, al fin, están aquí, retando nuestra propia imaginación y hasta irrespetando el afán privado del artista, individualista por convicción, antigregario por naturaleza⁴.

BIBLIOGRAFIA

- Dobles Trejos, Aurelia. *Universo en clave de K.* La Nación. Ancora. 27 de abril de 1997.
- Fortini, Franco. *El movimiento surrealista*. Traducción por Carlos Gerhard. México: UTEHA, 1962.
- González Kreysa, Ana Mercedes. *Arte y posmodernidad: ecos metafóricos de lo irracional. Tópicos del humanismo*, N°33, Centro de Estudios Generales, Universidad Nacional, abril 1998.
- Kandler, Ricardo. *Caricaturas*. En La Nación, 1997-1998.
- Paz, Octavio. *El surrealismo*. En *La búsqueda del comienzo* (Madrid: Fundamentos, 1974) 7-27.
- Ponce, Juan Bernal. «Inventiones para pluma sola». La Nación. 5 de mayo de 1997, 8/ Viva.
- Ulibarri Bilbao, Eduardo. *Sueños del intelecto*. Desplegable entregado en la exposición de caricaturas de Kandler. Auditorio Manuel Jiménez Borbón, Llorente de Tibás, abril 1997.

NOTAS

- Hijo de padre alemán y madre costarricense, Ricardo Kandler se encontró con el surrealismo desde su época colegial en el Conservatorio Castella. Y, aunque más tarde, estudió filosofía y arquitectura, su pasión ha seguido siendo el dibujo y la pintura al óleo.
- En las décadas posteriores a su aparición, no se creó otro tipo de vanguardia, sino que se siguió trabajando en torno de los fórmulas propuestas por el expresionismo, la abstracción, el dadaísmo y el surrealismo. Al respecto, la historia del arte Mercedes González Kreysa ha afirmado que el surgimiento de «nuevos» ismos —el hiperrealismo, el nuevo realismo, abstracción pospictórica, op art, minimalismo, arte conceptual, etc.— «tan solo tienen nuevo el nombre» (González Kreysa 1998:).
- Desde principios de 1998, «El mundo de Kandler» sufre variaciones en su propuesta plástica. La incorporación de texto lingüístico como un punto de referencia que permite mayor cercanía con la realidad, así como el interés en explotar un sentido crítico en forma más directa —lo que acerca su producción artística al lector—, constituyen su marca más importante. No obstante, sus caricaturas siguen siendo surrealistas, al seguir las propuestas de este movimiento artístico.
- Un agradecimiento muy especial a la máster Ana Mercedes González Kreysa por sus comentarios a este trabajo.



OCTAVIO PAZ: LIBERTAD Y POESÍA

Alvaro Mata Guillé

● Qué sentido tiene la poesía, en estos días en que se achica el tiempo y se estrecha el espacio, se reduce y simplifican argumentos, las ideas o conceptos? ¿A qué faceta de nuestro quehacer pertenece, cuando nos hemos convertido en una masa automática, agresiva y neurótica, que se mueve y confunde con el hastío o la superficialidad o, como una cosa más, se nos coloca una etiqueta, se nos muestra en un escaparate, se nos convierte en un estereotipo o se nos pone un precio?

¿La poesía tiene sentido dentro del ocurrir de nuestras necesidades existenciales, dentro del acaecer de nuestros procesos vitales o, simplemente es un accesorio sin base, un abalorio sin lógica o significado, en un mundo donde se coloca en un pedestal la apariencia, en donde se nos enseña a afanarnos con objetos y cosas, que sin más, sustituyen nuestras querencias y vivencias, en un mundo donde ya no somos y se hace del dinero y el lucro una conquista, un deseo ineludible y un fetiche?

Debemos reconocer que dedicamos pocos momentos a la meditación y al silencio. Hemos de observar también que dedicamos pocos instantes a esa comprensión de extrañeza que nos vincula con él nosotros mismos, que pocas veces reparamos en el paso con que transitan las estrellas o la nostalgia, o en el murmullo que viene con la lluvia, transpira o se fuga con el viento, que nos acerca al pernoctar de ese lenguaje que se encuentra más allá y detrás de las palabras, de los significantes, de los ecos o las significaciones, que se une a los gestos y pausas de un lenguaje que deja de ser lenguaje, a los ademanes de enunciados que se pierden como un susurro, que como gotas frágiles y livianas, se borran, se pierden y se escapan.

Quizá las respuestas nos confundan y sea necesario hacer una pausa que nos permita enfrentar, al conjunto de estas interrogantes, con la placidez de cierta parsimonia, con cierta sutileza y tranquilidad que se aleje de ese tumulto de gustos uniformes, de carencias y esnobismos exaltados, de conformismos agresivos y sonrisas que se acogen a cierto sentido estúpido que nos envuelve, que nos señala y margina. Nuestra vida se mueve, hemos de decirlo también, entre los aposentos de un laberinto de poses y compromisos, que hacen que el pensamiento o la filosofía, que hacen que la literatura, el teatro, la música o la poesía, que son parte de esa manera que tenemos los humanos de ordenar y comprender el entorno, que son parte de esa manera que tenemos los humanos de mirarnos y comprendernos a nosotros mismos, se dejen de lado y se descalifiquen. Descalificar este quehacer es descalificarnos a nosotros mismos, negarlo es negar el núcleo vital de nuestra interioridad, es negar y excluir nuestro ser.

Pero no es extraño que esto ocurra: nuestra sociedad nos ha acostumbrado a responder no a preguntar, a acatar sin titubeos el paso que se nos demarca, no a construir o plantear. Nos hemos acostumbrado a seguir con fidelidad las órdenes o mandatos que se nos imponen, a seguir la regla, el dictamen, el precepto, no a escucharnos a nosotros mismos, a palparnos, vernos o reconocernos. En realidad, lo digo con pesar, no se nos ha enseñado a asumir nuestra mismidad, ni el soliloquio de nuestra soledad. En nuestras actuales circunstancias, conjuntamente con la consabida resignación de estos tiempos que nos moldea, que nos carcome y nos forma, conjuntamente con esa sabida renuncia a nosotros mismos, que pretende el acomodo y la seguridad en el consumo y el alejamiento del riesgo, que son un reflejo de nuestros miedos, nuestras imposibilidades conjugadas, que son parte de la problemática del acontecer de un mundo que se cansa y se agota de tantos lenguajes, de tantos progresos y tantas promesas, también nos sumergimos, o mejor dicho, nos acostumbramos a vivir, en la banalidad que nos uniformiza y nos achica, en un vacío que hace que nos movamos como autómatas en el desaliento, que hace que confundamos y presente-



mos anomalías como normalidades, que hace que todo se justifique y que las cosas y nuestra vida, con una ligereza y una determinación aplastante, la dejemos de lado y no nos importe. No es de extrañar, entonces, que en estas circunstancias el egoísmo se acreciente, la mezquindad y el odio tomen fuerza y se manifiesten, que nuestras sociedades no sean felices, que escapemos de nosotros mismos, que nos refugiemos, casi como un consuelo que intenta tapar el grosor de nuestra desidia, en la envidia, el sentimentalismo, la inquina, la agresión o la mentira.

Si no somos capaces de enfrentar nuestra propia imposibilidad, nuestra propia restricción o límite, si no somos capaces de asumírnos a nosotros mismos, de asumir nuestra histeria, nuestras pretendidas rebeliones no serán más que el exabrupto violento de un desahogo, no serán más que un conjunto de manifestaciones banales y pueriles que hacemos, con convenida conveniencia, a auditorios justificadores y complacientes, no serán más que largas peroratas, largos berrinches de caras y pelos largos, de largos aretes y rabiets, y ahí seguiremos engrosando los trazos de una docilidad que nos somete, de una docilidad que acata una normativa que no desafía al mundo, que nos deja de lado y asume, entre sus abdicaciones y abandonos, los recorridos de un nihilismo sumiso, que no desafía tampoco ni se acerca, al rumor que provoca el nosotros mismos. Todas estas manifestaciones mientras no hagamos otra cosa seguirán, como el ejemplo conocido de Edipo, bajo el domino y el dictado del mandato y el poder, de la negación y la autoridad. Porque el poder no es una institución o un conjunto de personas, es un proceder, un caminar, una manifestación del ejercicio: es la ejecución de una estructura sutil que provoca un determinado pensamiento. De continuar por estos senderos seguirán estando en la sombra, seguirán siendo fantasmas de umbríos y ausencias, nuestras vivencias más íntimas, nuestras existencias más próximas, el consumir de tantos sentires y secretos que se ocultan, que se tapan casi con vergüenza, que se escabullen en su amargura sin asumirse.

La poesía, si pudiera explicarlo de alguna manera, se enlaza con el decurso que siguen nuestros sueños y enterezas, con las rebeldías de tantos improbables e imposibles que nos inquietan, con pesadillas de acasos, ensoñaciones e inverosímiles, con largas y extensas conversaciones que provocan la tensión de nuestra ajenez, la disgresión de nuestra otredad y la extrañeza. De esa extrañeza que nos hace extraños y que da sentido a nuestras búsquedas, que se aproxima al ligero caer de los atardeceres que se posan, que se citan y hablan con lo desconocido, que se detienen en cada esquina, en cada ósculo, en cada presentimiento, como una acción que transgrede y subvierte, como una acción que deja atrás la jurisdicción y el juzgamiento de las normativas, de las censuras

y verdades absolutas, que se aferra con predisposición a un diálogo de metáforas que se sustentan y amarran a la vitalidad y al riesgo, a las preguntas que tambalean respuestas perennes que, de un momento a otro, se hacen transitorias, a pasajes y parajes olvidados que explican de cierta manera ese distanciamiento que nos aturde y que nos obliga a abrazar, como un estupor o un estremecimiento, el proseguir de nuestras propias historias y titubeos, de nuestros propios pasos sumergidos en esa conversación atemporal y sincrónica que se cobija con los mantos de la duda y la extrañeza, que engrosa los substratos de nuestra interioridad, que se detiene en esos cuestionamientos que nos persiguen, que con asombro permanecen y agitan el transcurso de tantas épocas y de tanto tiempo:

¿De dónde venimos, cuál es nuestro origen y la naturaleza de estas cosas que nos hacen y rodean? ¿Quiénes somos, a dónde vamos, qué es nuestro ser y qué es nuestra existencia? ¿Qué es la realidad, qué es el conocimiento o el saber, qué es el ocaso que se transforma en días y noches, en signo, mutismo o lenguajes?

Búsqueda y enfrentamiento, osadía y riesgo, son los motivos vitales que frecuentan y acompañan a la poesía, porque la poesía no es la bandera de una causa política, no es una dogmática o una ortodoxia, una moda, un determinismo o relativismo. Es el deseo de conversar y encontrarnos solos con el silencio, es el deseo de vincularnos a nuestra otredad y al otro. La poesía no es el representante ni el promotor de una causa, de una ideología o una persona, es un ejercicio de libertad y disentiimiento. El escritor o el coreógrafo, el pintor o el músico, cuando lo son verdaderamente, no hablan desde un púlpito, no hablan desde una tribuna que ilumina la congregación o la plaza, no se manifiestan desde un formulismo, el fanatismo o la trinchera, hablan y, se dirigen a nosotros, desde los aposentos de su soledad, que son ese conjunto primario de desacuerdos con la realidad, con el mundo y consigo mismo. Es un ejercicio de creación y crítica, un ejercicio del querer ser y el querer existir.

La literatura o la poesía, el teatro o la pintura, son extensas conversaciones que nos incluyen, que nos vinculan. Leer la historia de la poesía o la literatura, es leer la historia de nuestras conversaciones con nuestros fantasmas, con nuestras aspiraciones y complejos, es recordar nuestro pasado, es leer sobre la memoria que nos devela y esculpe un rostro. Encierran nuestros deseos y anhelos, nuestros miedos y terrores, nuestros encierros y pesares más sutiles. Es volvernos a reunir, en el encuentro y el desencuentro, con las habitaciones cotidianas de otras circunstancias, con los aposentos del que fuimos y somos.

¿Estas causas, estos diálogos de otredad y extrañeza, cómo se manifiestan en el contexto de nuestro país y en nuestra historia? Marginados dentro de los marginados, producto de la indiferencia y el proceder que refleja los pasos del seguir histórico de occidente y de nuestra imposibilidad de superar nuestras propias condiciones, envueltos en nuestra marginalidad histórico-cultural aglutinamos tanto los traumas de la escisión que produce la llegada de los españoles, como la formación de nuestro comportamiento: personalidad intimidada, en perpetuo conflicto, en perseverante obsesión por encontrar identidad y reconocimiento. Las manifestaciones de esta marginalidad, en el caso de la poesía o la literatura son muchas: es palpable la ausencia de una tradición o una inserción en ella, nuestros incipientes diálogos de razón poética y búsqueda filosófica, versadas más en las repeticiones tardías y obsoletas, en los ideales ajenos que se asumen sin adaptación ni cuestionamiento, que en nuestras propias preguntas. Nuestra marginalidad histórica nos excluye de la conversación con la historia, nos excluye de un diálogo natural con las correspondencias de nuestra formación

occidental, es un hecho y una condición que no reconocemos y que no hemos podido resolver.

Precaria vitalidad poética y pálida duda filosófica. Si completamos lo dicho, si ahondamos en el carácter de nuestras carencias y problemas, si fuera necesario señalar el rasgo fundamental que ha identificado a nuestros círculos culturales, debería decir que su principal característica, el principal elemento que conforma el sentir y el proceder de sus creaciones y conductas, es la impostura. La impostura, ese asumirse y creerse que es el otro, que asume como propia una realidad, unos hechos, una tradición que no hemos construido, una realidad que no hemos vivido y que nos aleja, la mayoría de las veces, de nuestros propios contornos, de nuestra propia corporeidad, de nuestras propias huellas e interrogantes. Enfatizo, este bosquejo de meditación no expresa el deseo de volver o añorar el pasado, de rescatar raíces o tradiciones, por el contrario es un afán por encontrarnos con nuestra propia extrañeza y mismidad, con nuestra propia historia, hechos y realidad. La política de la impostura resume la imposibilidad de reconocernos a nosotros mismos, de vernos, sentirnos y palparnos. Es la imposibilidad de asumir el quehacer y el percibir de nuestra propia vida. Es un resultado y una pertenencia. La carencia de vitalidad poética e indagación filosófica, conjuntamente con la política de la impostura, hay que decirlo, han caracterizado nuestro panorama cultural. Se conjugan con el deseo banal y complaciente por hablar bonito, por ser los más simpáticos, los más inteligentes y más conocidos, es un intento por decir cosas que siempre sean, en el juego de estas poses y apariencias, las más novedosas e interesantes, es una complacencia que encubre, entre sus ideas preconcebidas de su acervo cotidiano y común, envidia, doctrinas y resentimientos, es una práctica que disimula el plagio, el poco talento, el aplicar lo más fácil como método de lo más cómodo y seguro, que hace del ataque personal la represalia y la respuesta, donde la descalificación y el juzgamiento, consecuencia de esta cotidianidad, es un llamado proceder de la intolerancia, de la violencia, de la falta de todo sentido crítico y argumento, donde se hace exclusión de aquello que se aleje o amenace la política del quedar bien, de la complacencia, la hipocresía y el conformismo. Podría indicar y extenderme en unos cuantos rasgos más, para qué, todo esto descubre la construcción de una personalidad en perpetuo conflicto, que no se atreve a verse ni confrontarse consigo misma, a una vitalidad débil que se sumerge en un engaño que no quiere ver el presente, que se encubre en el juego de sus máscaras, que se oculta entre sus espejismos, entre sus disimulos, entre compadecimientos que todo lo moralizan, que nada enfrentan y todo lo justifican.

Aún así y, con todo esto, el panorama que describo no está completo. La tradición que han promovido y seguido, de una u otra manera, Sor Juana, Quevedo, Bretón, Isaiah Berlin, Gómez de la Serna u Octavio Paz, no se asoman todavía por estos contornos, o mejor dicho, se han asomado con timidez en nuestro contexto pero lo hemos soslayado: así Yolanda Oreamuno, Eunice Odio, Francisco Zúñiga y más recientemente la novela El Puente de Ana de Lantong, los hemos excluido de nuestra tradición, dicho con más nitidez y precisión, hemos utilizado sus nombres no sus obras, hemos jugado en las poses del esnobismo, no con sus sentires e ideas.

En este sentido hay que señalar otra característica que se une a los parámetros de esta lectura que intento, congruente con la política de la impostura y consecuente con los elementos formativos de nuestra marginalidad histórica. Se desprende con facilidad de lo que he dicho, es casi una redundancia, más que un elemento conformador es el sustento de una condición, ejemplifica e ilustra la generalidad de posturas, la generalidad cotidiana de proceder y rutina que nos acaecen. Es el resultado del conformismo, de las carencias no satisfechas, de un acomodarse que se amolda y rehuye problemas, trabajos y compromisos, que rehuye todo sentido de responsabilidad: nuestra tímida y débil realidad artístico-cultural. Es el designio de una resignación histórica, un emblema, una marca. Es el resultado de nuestro proceder en la construcción de nuestra historia, una limitación no resuelta y siempre postergada. Su problema vital se resume, ya lo he dicho, en la ausencia de sentido crítico, de duda y búsqueda, en la negación que no asume los riesgos del nosotros mismos y los riesgos del existir-vivir. Es una mirada que se sublima a sí

misma, que en su ciega egolatría, que conjuga miedo y huida, se llena de equívocos, se postra sin remedio, como una condena, en la omisión, la emisión de censuras y el olvido. La impostura corresponde y obedece a esta condición, es su sustento, es parte de sus alimentos, un hábito que se envicia en el acomodo de su postración y de su conformismo, que se envicia en la costumbre y hace valor de sus limitaciones. Estos elementos nos acercan con prontitud a una certidumbre. Sin querer, en mis observaciones dejo en evidencia nuestra precaria conversación e inserción en la historia, nuestra precaria conformación de perspectivas y lenguajes, nuestros escasos diálogos con el otro, con lo otro y con nosotros mismos. Es la consecuencia de una problemática todavía no resuelta, que se deja de lado, que no aparece en nuestras preocupaciones o meditaciones, que se obvia y no se enfrenta.

Pero ¿Cómo sabemos si no nos aproximamos a los secretos y conversaciones de nuestra mismidad, sino interactuamos ideas, vidas y experiencias? ¿Cómo desarrollarnos si no somos capaces de crear condiciones propicias de intercambio e interacción creativa, de intercambio crítico y cognoscitivo? ¿Cómo avanzar si nos sometemos y nos abandonamos a la censura, a la intimidación que provocan nuestros propios miedos y vergüenzas, nuestras propias idealizaciones, modas, limitaciones, moralizaciones y sublimaciones?

Con Nietzsche, los valores considerados supremos y fundamentales por la sociedad occidental se desplazan, entran en crisis y nos quedamos, de cierto modo, aturdidos y huérfanos. El mundo, esa convulsión de teorías y símbolos, de mecánicas y lenguajes, no es más la masa inamovible o estática de un gigantesco reloj, de una mecánica inmóvil o quieta. Los valores dejan de ser el centro inmutable y el todo. Con esta perspectiva a cuestas el mundo se deforma, el sujeto titubea, la pasión se subvierte, la realidad se mezcla y se confunde, se desnuda y fragmenta, se acrecienta lo plural y lo múltiple. El discurso metafísico, el pensamiento monolítico-platónico que sostiene el judeo-cristianismo, que estructura nuestros valores y conductas, se rompe y cae en pedazos. "El dios ha muerto", como tantas otras de sus afirmaciones, sólo significa que se ha desplazado el sitio indiscutible de los valores únicos y absolutos. El logos, representante del orden y la razón, de la seguridad y lo inmutable, es desplazado por Dionisios, el dios matriarcal que prevalecía antes de la llegada de los indoeuropeos, cuando Zeus desplaza a Cronos y el logocentrismo de lo masculino se apropia de mentes y almas. Si bien Don Quijote nos hizo ver el mundo de una manera en que interactuaban verdades y mentiras que se relativizan y se confrontan, nos hizo ver y recordar la existencia del sentido de lo irónico, siguiendo la lectura que nos propone Kundera, Nietzsche nos sumerge en un mundo donde impera, no sólo el relativismo, sino el cuestionamiento a la axiología que sustenta lo que hemos sido y creído, lo que hemos aspirado y somos, lo que hemos negado u olvidado. Como menciona Giorgio Colli, Nietzsche supo que el dolor que se apodera de nuestra existencia no tiene remedio, que de nada valen tantas ilusiones o mentiras que nos hacemos, porque en última instancia, estos discursos, nos alejan de nosotros mismos y, sobre todo, no se atreven a ver la muerte de frente. Con él nuestros anhelos se diluyen, nuestras esperanzas se desnudan y opacan. Envuelto entre estas circunstancias, aún así, me parece que el derrotero, quizá, que más nos identifica, la actitud que más caracteriza al transcurrir de este siglo de guerras y brutalidades, es la indiferencia. En este siglo, han prevalecido y convivido con nosotros ortodoxias, pensamientos y perspectivas que todavía nos apesadumbran y conmueven, que todavía nos limitan y oprimen. Sus manifestaciones son muchas: negación e intolerancia con lo diverso, lo ajeno, lo disidente o diferente, con todo aquello que no se apega a las perspectivas de una jerarquía que predomina y se fundamenta en una igualdad que domina e impera, sea por sexo o color, por religión o cultura, por pensamiento o escogencia, se desplaza, se olvida o coloca en un rincón oculto y oscuro, donde queda marginado y se marcha. Estas actitudes de negación de nosotros mismos han marcado y construido este siglo. Así, quizá efectivamente, la salida que nos permita ver a la distancia estas cosas, sea hacia adentro, un adentro que medite en el silencio y con el silencio, con el vacío y la nada, con la conversación donde se escapan las palabras y desaparecen los nombres. Un adentro donde encontremos al fresno o la higuera, don-

de podamos ver de frente nuestros fantasmas y espectros. Este siglo ha sido extraño, no es raro, extraño es el accionar de nuestra vida y nuestra cotidianidad. Mientras la axiología se derrumbaba, mientras en el mundo la literatura, la pintura, la poesía buscaba otras lecturas y sueños, mientras miraban el mundo con desconsuelo y contaban historias que ingresaban a un sueño surrealista, a una lectura que deformaba la realidad y la fragmentaba, también se acrecentaban las ortodoxias y los totalitarismos que desfiguraban nuestros rostros. Así, llegamos a nuestros días de lucro, globalización y mercado, de apariencias y banalidad donde ya casi nada importa. ¿No será, entonces, entre los escombros de estas circunstancias la poesía más necesaria que antes, cómo también se preguntaba Kundera sobre la novela? ¿No será la literatura una conversación que nos amplía el mundo y nos aleja de la linealidad, que nos permite conversar con nuestra intimidad en el silencio, reconocernos de nuevo y reencontrarnos?

Quizá sea el miedo y el temor, ocultos entre técnicas, arrogancias o promesas, los que nos gobiernan con más entereza y fuerza. Quizá estos días los veamos más oscuros porque se ha oscurecido el sol, la pregunta, la duda o nuestra misma extrañeza.

Octavio Paz, que de una u otra manera ha estado presente en cada una de estas reflexiones, insiste que nuestras sociedades no han ingresado a la "edad crítica" que moldea el espíritu de occidente. Según él, la modernidad no se distingue por los avances científicos, que son muchos, sino por la posibilidad de crecer y ser diferentes. Tiene razón. Nuestras sociedades no pertenecen a esa "edad crítica" que se ha desarrollado en los contornos de occidente. Hijos del siglo XV, encarnamos la actitud crítica del feudalismo y la contrarreforma. Somos hijos de un pensamiento monolítico que niega al otro, que se consume en la ortodoxia y niega lo disidente. La rapidez vertiginosa con que se ha avanzado en los campos de la técnica y la tecnología, en los descubrimientos científicos y conocimientos de la física, la genética o la química, no corresponden a la velocidad con que hemos resuelto nuestros problemas existenciales o morales. También Octavio Paz tiene razón cuando conjuga libertad y poesía, puesto que la poesía, conversación de extrañeza y otredad, conversación que se allega a la otra orilla, al más allá del allá, necesita de la libertad para subsistir, para poder ser. En efecto sin poesía no tendremos libertad, sin la posibilidad de indagar en nuestros rincones más ocultos y en los parajes más recónditos, más serenos y tumultuosos, no seremos más que autómatas y sombras. Sin poesía no tendremos una sociedad plural, una sociedad de respeto y libertad, sino tendremos un convivir con una sociedad mutilada, acrílica, carente y estéril.

Cuando se desprecia la razón poética o la duda filosófica se establece, inevitablemente, una condena contra el ser y contra la sociedad. Es la ejecución de un castigo que nos condiciona a la rutina, a una monotonía, una perspectiva árida que deja de imaginarse, de palpar los terrenos de la fantasía y el imposible, que deja de preguntarse y que nos hace ingresar a un mundo de engreimientos, de indiferencias, de dogmas que se multiplican entre concurrentes sonrisas vacías y amorfas.

En fin: la sombra del fresno se extiende, la higuera se multiplica, el mediodía aparece. Acechan nuestros secretos y extrañezas, frutos de esa ajenidad que palpamos en el decurrir de nuestros pasos por la hendedura que carcome el mundo, donde la muerte, su confrontación y constatación, elige lenguajes. Libertad y poesía, sociedad plural y libertad, cómo llegar a ella, cómo incursionar en el color de sus cielos y nubes. Cómo transitar por las laderas de sus bosques, por sus innumerables parajes. No lo sé con certeza. Quizá enfrentando la intimidación de nuestras propias imposturas, de nuestro débil mundo cultural, los complejos y traumas de nuestra marginalidad histórica y existencial, quizá arriesgándonos y reconociendo los soliloquios que pululan y nos acercan a la mismidad y al otro, a la ausencia y a la otredad que nos habita, y quizá, algún día de estos, al dejar de lado las asperezas del temor, la envidia y el miedo, dejemos de ser extraños y reconozcamos, tanto al otro, como a nosotros mismos.

TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz,
editor

Dra. Zaida Fonseca Herrera
M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina
Prof. Alfonso Chase Brenes

MECANOGRAFIA:

Sra. Olga Martha Rojas Bolaños

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro



Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACION

Desde un punto de vista literario la figura de Octavio Paz tiene un papel importante en el desarrollo de la crítica de las ideas y los movimientos de vanguardia, el lector podrá encontrar cómo podemos abrirnos a la modernidad más nueva con la discusión sobre las ideas estéticas, sociales, políticas del hombre en el entorno latinoamericano y de Occidente. La discusión sobre el humanismo tiene en estas ideas un sentido muy crítico para el hombre actual.

En otro aparte los modelos de vanguardia vienen a cambiar en líneas lo que nos ofrece la visión de una realidad que debemos conocer. Las visiones, las imágenes de un mundo cotidiano y desmesurado en sus acontecimientos logran ensartar al modelo crítico en una sociedad del futuro próximo. Eh aquí el mundo de Kandler para estremecer el sentido crítico en la aldea globalizada.

Gerardo C. Hurtado O.
Editor